

UNIDAD II

31

26

La zanja de Alsina :

Posteriormente, siendo presidente de la nación el Dr. Avellaneda, su ministro de guerra Adolfo Alsina ideó construir una zanja de tres metros de ancho por dos de profundidad para impedir el paso de los indios y el arreo de ganado. Debía unir los fortines desde Bahía Blanca hasta el sur de Córdoba. Alsina falleció sin poder concluirla.



Campaña de Roca :

Al morir Alsina se hizo cargo del ministerio de guerra el Gral. Julio A. Roca, quien no estaba de acuerdo con la zanja. Preparó una campaña militar para ocupar efectivamente todo el territorio expulsando a las tribus que no se sometieran al gobierno, al sur de los ríos Neuquén y Negro.

Antes de la ofensiva final, Roca envió varias expediciones preliminares que batieron a los indígenas tomando prisioneros a varios caciques. Namuncurá logró huir y otros caciques se entregaron pacíficamente.

En el año 1879 se llevó a cabo la campaña definitiva en la que participaron cinco divisiones partiendo de diversos puntos. El propio Gral. Roca al mando de la primera división operó en el territorio de nuestra provincia. Llegó a Choele Choel el 24 de mayo de 1879. Luego continuó por la margen del río hasta la confluencia del Limay y del Neuquén donde llegó el 11 de junio de ese mismo año. Fueron dejando fortines que con el tiempo se convertirían en pueblos : Choele Choel, Chimpay, Chelforó y Chichinales y más tarde Fuerte Roca y Primera División, hoy Cipolletti.

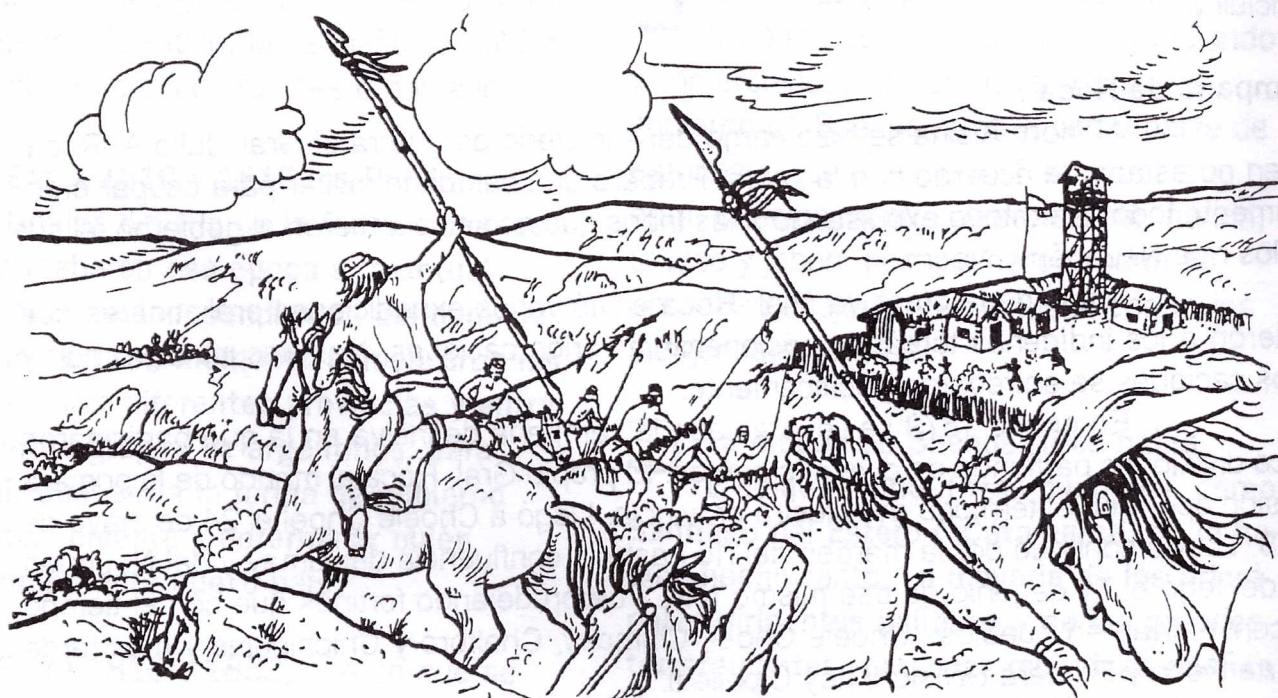


El poder del ejército nacional basado en los fusiles Remington de largo alcance y en las buenas comunicaciones que les ofrecía el telégrafo, se impuso fácilmente a las lanzas indígenas.

Posteriormente se dieron otras campañas. El año 1881 el Gral. Villegas hizo la campaña al Nahuel Huapi en la que participaron tres brigadas. El 10 de abril de 1881 las tropas llegaron frente al lago y regresaron sin dejar fortines. Los principales caciques (Namuncurá, Reuque Curá, Zúniga, etc) huyeron hacia Chile pero regresaron después. Al año siguiente, el 16 de enero de 1882 Namuncurá, Sayhueque y otros caciques atacaron el fuerte Primera División en la confluencia, pero fueron derrotados.

La campaña a los Andes operó en el territorio del Neuquén entre los años 1882 y 1883. Se dieron cruentos combates con los indígenas. Muchos caciques se rindieron. Namuncurá se rindió el año 1884.

El general Wintter a cargo de la gobernación de la Patagonia hizo otra expedición que se conoce como "de la Patagonia". El cacique Sayhueque que se había refugiado en la zona cordillerana del Chubut fue el último en rendirse, el año 1885.



Consecuencias de la campaña :

- 1.- Se aseguró en todo el territorio patagónico la paz y la seguridad de los habitantes y el orden y sometimiento a la ley y las autoridades nacionales.
- 2.- Se hizo efectiva la soberanía nacional sobre todo el sur argentino, por el que Chile tenía pretensiones.
- 3.- Surgieron nuevas poblaciones sobre la base de los fortines, atrayendo a gran número de colonos argentinos y extranjeros.
- 4.- Una adecuada acción de gobierno, permitió que se colonizaran las tierras, se construyeran canales de riego, se crearan escuelas, se extendiera la línea telegráfica, se hicieran caminos, se construyera el Ferrocarril del Sud, y progresivamente, nuestras tierras se incorporaran a todos los factores del progreso.

Con respecto a los indígenas la ley establecía que había que dotarlos de todo lo necesario para su existencia fija y pacífica, pero en la práctica, se produjo un des-

pojo casi total de sus tierras y un implacable exterminio, imposibilitando su efectiva incorporación a los beneficios de la "civilización". A los que sobrevivieron se les otorgaron tierras escasas y de mala calidad llamadas "reservas indígenas" donde quedaron totalmente marginados, mientras que grandes extensiones de tierras buenas fueron ocupadas por estancias de colonos extranjeros que las compraron al gobierno.

Colonización y crecimiento :

Alrededor de los fortines y guarniciones militares comenzaron a formarse colonias agrícolas y ganaderas. Muchos inmigrantes extranjeros llegaron a nuestras tierras para vivir y trabajar : alemanes, franceses, ingleses, italianos, españoles, chilenos y de otras nacionalidades.

Compraban al gobierno "tierras fiscales" o a sus propietarios, muchos de los cuales eran militares, ya que el gobierno nacional les había entregado tierras por su participación en la campaña contra los indios. Así se fueron formando y creciendo diversas colonias.

En el **alto valle del río Negro** se formaron las colonias : Roca, Rusa, Francesa, Cervantes, La Lucinda y La Picasa, etc.

El ingeniero Hilario Furque contratado por los jefes militares construyó el primer canal de riego del Alto Valle llamado "de los milicos" porque en su construcción trabajaron los soldados, aunque también lo hicieron otros peones indígenas y algunos presos.

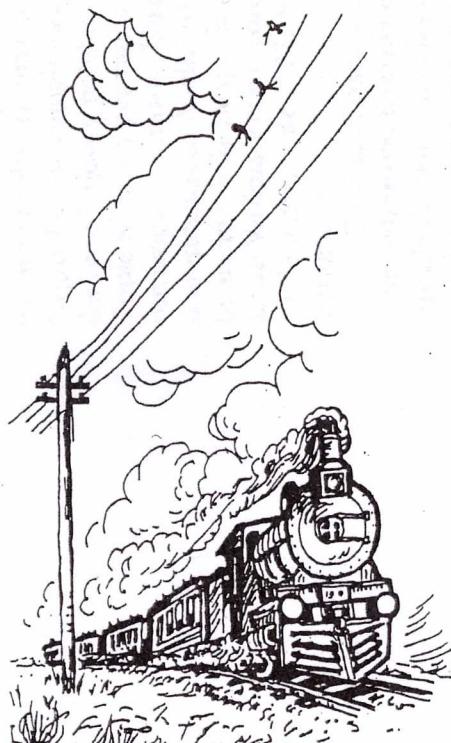
El general Fernández Oro fundó "La Lucinda" en 1902 y donó parte de sus tierras para que se fundara un pueblo que más tarde sería la ciudad de Cipolletti. "La Picasa" se transformó con el tiempo en la ciudad de Cinco Saltos. El escritor español Vicente Blasco Ibáñez trajo familias españolas y fundó el pueblo de Cervantes. Esos mismos colonos fundaron más tarde Ingeniero Huergo.

Entre los pioneros que impulsaron el desarrollo del Alto Valle, cabe destacar al Padre A. Stefenelli de la obra de Don Bosco. Ya en 1889 fundó el Colegio San Miguel, construyó una nueva bocatoma para el canal de riego, creó una escuela de agricultura y trajo el primer motor a vapor con bomba para riego.

Con la llegada del ferrocarril hasta la confluencia del Limay y del Neuquén, las colonias tomaron nuevo empuje al estar bien comunicadas con Bahía Blanca y Buenos Aires. Este fue inaugurado en 1899 por el presidente de la nación Julio A. Roca.

Ese mismo año se produjo una gran inundación en el valle del río Negro que destruyó la mayor parte del trabajo realizado. Del pueblo de General Roca, sólo quedó en pie un edificio del Colegio San Miguel y una columna conmemorativa de la plaza. Esto obligó a trasladar el pueblo a su actual emplazamiento. También la capital del territorio que estaba en Viedma quedó bajo las aguas por lo que las autoridades se trasladaron a Choele Choel hasta 1901.

Para terminar con las inundaciones el estado nacional contrató al Ingeniero César Cipolletti, quien construyó el actual sistema de canales de riego. Con una derivación del canal principal que toma sus aguas del Neuquén, se formó el lago Pellegrini en un bajo



LLEGA EL FERROCARRIL

Tema II
Historia

(2)

RÍO NEGRO

MIL VOCES EN UNA HISTORIA

PEDRO NAVARRO FLORIA
MARÍA ANDREA NICOLETTI

2001

LA CONQUISTA MILITAR

Ya en 1867, bajo la presidencia de Bartolomé Mitre, el Congreso había debatido y aprobado la ley 215, que facultaba al Poder Ejecutivo para establecer una nueva línea de frontera en los ríos Neuquén y Negro. Pero su cumplimiento se vio demorado por distintas dificultades económicas y políticas -fundamentalmente, por la guerra de la Triple Alianza y por varios levantamientos en el interior, que distrajeron tropas y recursos-. Una nueva situación de tensión con Chile, en la presidencia de Avellaneda, determinó la creación efectiva de la Gobernación de la Patagonia, con capital en Mercedes de Patagones -la actual Viedma- y con el coronel Álvaro Barros como gobernador, el 11 de octubre de 1878. En esa fecha se conmemora el Día de la Patagonia.

En Chile, para la misma época, se llevó a cabo la ocupación definitiva, llamada «Pacificación de la Araucanía», desde la década de 1860 hasta las campañas militares de 1883 a 1885, precedidas por una creciente presión sobre la propiedad de la tierra mapuche y huilliche. Es importante comprender que no había lí-

mite político, económico ni social alguno entre el norte de la Patagonia y la Araucanía, y que hasta bien entrado el siglo XX no hubo límite para la circulación de personas y bienes de uno a otro lado de los Andes. El avance de la frontera sur de Chile durante el siglo XIX se dio en perfecta continuidad con la progresiva ocupación, durante el siglo XVIII, de las tierras en ambos lados del Biobío. La colonización blanca al sur de esa línea histórica fue impulsada por el desarrollo ganadero y por la venta de lotes por los caciques a colonos a muy bajo precio. La cuestión sobrevenía cuando el colono pretendía entrar en posesión efectiva, poniéndose de manifiesto las concepciones totalmente distintas de la propiedad y de la ocupación del espacio en una y otra sociedad. Emprendida la ocupación militar definitiva, en 1862 se corrió el límite del río Biobío (a la misma latitud del norte neuquino) al Malleco, poco más al sur, y se fundó Angol. En 1865 el nuevo límite era el río Toltén (en la latitud de Zapala y el Alto Valle), abarcando la Araucanía, que contaba con unos sesenta mil habitantes indígenas. La guerra del Pacífico (1879-1883), que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia, demoró la expansión del país hermano hacia el sur y permitió que la Argentina tomara la iniciativa sobre la Patagonia. Terminada aquella guerra y ya ocupado el norte de la Patagonia por las tropas argentinas, Chile retomó su avance hacia el sur: en 1881 se fundó Temuco y en 1882 se refundó Villarrica, en el último bastión independiente del pueblo mapuche.

El plan inicial que demostró, en la Argentina, un interés determinante por la frontera sur, fue el del presidente Avellaneda, cuyos brazos ejecutores fueron inicialmente el ministro Alsina y posteriormente el ministro Roca. Avellaneda tenía una clara idea sobre la ocupación, colonización, evangelización y desarrollo económico de la Patagonia, más amplia de lo que sería la posterior acción de Roca sobre los indígenas.

Con la campaña del ministro Alsina en 1875 y 1876, además de la zanja que actuaba como barrera contra los malones, se ocuparon alrededor de cincuenta mil kilómetros de tierras, se construyeron cinco comandancias, fortines y corrales, como por ejemplo el fuerte General Belgrano en Carhué, centro vital del poder indígena y se extendieron las líneas telegráficas.

Fallecido Alsina, en 1878 Julio Roca comenzó a realizar un plan

integral que continuaba el acercamiento a las tribus indígenas, como así también la exploración y relevamiento topográfico del territorio.

La presión sobre la frontera ganadera y la ideología dominante, que exigía que las fuerzas del “progreso” arrollaran a la “barbarie” indígena, encontraron un realizador en el general Roca. El plan ofensivo de Roca reflotaba la idea ya planteada en 1804: avanzar en columnas armadas paralelas, de norte a sur y de este a oeste, expulsando a los pobladores originarios de la Pampa.

Cuando Roca inició la campaña militar ofensiva en 1879, el resultado de su estrategia y programa del año anterior habían facilitado a tal punto la situación que las tribus indígenas ya estaban en su mayoría vencidas y desmoralizadas. Los principales caciques se habían rendido (Catriel, Pincén, Epumer, Painé) y otros habían huido (Namuncurá). La situación invitaba a la ejecución del plan final de ocupación diagramado por Roca y Olascoaga, cuyo brazo armado fueron cinco divisiones que llegaron el 25 de mayo de 1879 a Choele Choel.

La ocupación definitiva del territorio Norpatagónico por los cuerpos militares argentinos, se dio en tres etapas: la Campaña del Desierto, la Campaña del Nahuel Huapi y la Campaña de los Andes. Se desarrollaron entre 1879 y 1885, y su resultado fue el sometimiento del norte de la Patagonia a las autoridades del Estado nacional, la destrucción de la economía y la sociedad indígena y su progresivo reemplazo por una sociedad de inmigrantes criollos y europeos.

La campaña “del desierto” se desarrolló entre mayo y julio de 1879, al mando directo del ministro de Guerra general Julio A. Roca, en cumplimiento de la ley 215 de 1867, ocupando los puntos estratégicos necesarios. Al paso de los expedicionarios quedaban destruidas tolderías, sembrados y corrales; la gente se replegaba tierra adentro llevándose ganado y bienes. Fueron rescatados numerosos cautivos y hechos muchos prisioneros, pero no se desarrollaron combates de importancia. Se fundaron fortines en los lugares más importantes -Choele Choel, General Roca, la Confluencia, Paso de los Indios, Chos Malal- y se interrumpió completamente el viejo circuito ganadero. En 1879, además, se ordenó al comandante Martín Guerrico acompañar el avance de las columnas montadas, remontando el río Negro en un vapor. Ese primer intento fracasó, pero sirvió de expe-

riencia para la construcción de los vapores *Río Negro* y *Río Limay*, que navegaron regularmente de Patagones a la Confluencia hasta 1911. A su regreso, Roca fue electo presidente de la Nación y su objetivo fue dado por cumplido.

A la campaña de 1879 le siguieron las dos campañas de 1881 para terminar con los focos de resistencia. Los operativos continuaron durante 1883 y 1884, hasta la rendición definitiva de los caciques Namuncurá, Sayhueque, Inacayal y Foyel. Las dos últimas etapas fueron sin duda las más crueles, por cuanto se expulsó de sus asentamientos cordilleranos y precordilleranos a una importante población, ejerciendo una constante violencia a fin de someterla, desalojarla o arrinconarla en las tierras más pobres.

La campaña del Nahuel Huapi consistió en el movimiento coordinado por el general Conrado Villegas de tres brigadas, que partiendo de Chos Malal, Fuerte General Roca y Choele Choel, confluyeron en el gran lago, entre marzo y abril de 1881. Significó la persecución de algunos importantes caciques y la toma de posesión del Nahuel Huapi, un sector que era frecuentemente recorrido por viajeros provenientes de Chile. En la naciente del Limay instalaron en 1883 el fuerte Chacabuco. Llevaron una ballenera remontando los ríos desde Patagones, y en el Nahuel Huapi la bautizaron *Modesta Victoria*. En ella, O'Connor relevó el lago. Los estudios chilenos continuaron, con Valdeverde en 1884 y Steffen en 1893.

La campaña de los Andes, desarrollada de noviembre de 1882 a marzo de 1883, mandada también por Villegas, fue la persecución de Namuncurá, Reuquecurá, Manquiel y otros caciques, y continuó durante años en forma de acciones aisladas, hasta el sometimiento definitivo de Manuel Namuncurá -marzo de 1884- y de Valentín Sayhueque -enero de 1885-.

La consecuencia inmediata que ocasionaron las campañas militares fue el genocidio y despoblamiento indígena, y la desarticulación de su espacio. La guerra los obligó a huir a Chile, someterse a la marginación, el traslado y la pobreza, o a morir. Muchos de los caciques principales se refugiaron en el lado occidental de la Cordillera, pero las acciones del ejército chileno provocaron la misma situación.

POR QUÉ HABLAMOS DE UN GENOCIDIO INDIGENA

La Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio, adoptada por la ONU en 1948 e incorporada a la Constitución Argentina, define al genocidio como la destrucción parcial o total de un grupo étnico, racial o religioso mediante la matanza, la lesión grave a la integridad física o mental, el sometimiento intencional a condiciones que acarreen la destrucción física total o parcial, las medidas destinadas a impedir los nacimientos o el traslado forzado de niños fuera del grupo. Todos estos actos existieron en relación con los pueblos de la Patagonia.

Los fuertes y fortines controlaron los principales caminos y accesos a las tolderías para impedir que los indígenas huyeran por la Cordillera a territorio chileno, en busca de ayuda y alimentación. El fortín se constituyó, en la primera etapa de la apropiación de la tierra, en un elemento característico del territorio norpatagónico; cumpliendo un rol fundamental en el control del espacio recientemente conquistado. El traspaso de los recursos naturales de las poblaciones indígenas a los latifundistas, fue garantizado por la ubicación de los fortines en los lugares en que se asentaban las tolderías manzaneras, mapuches, pehuenches o tehuelches. Como éstas se establecían en donde se garantizaba la disponibilidad de agua, pasto y árboles, la instalación del fortín significaba la expulsión de los indígenas y la obligatoriedad del cambio del modo de producción indígena comunitario por uno de propiedad privada en donde éstos no tenían cabida.

Las tribus fueron entonces desarticuladas o trasladadas a lugares lejanos a su hábitat y generalmente pobres e infériles. A partir de entonces las sociedades indígenas no podrían usar libremente el espacio que les había pertenecido. Basados en un modelo de tenencia de la tierra comunal donde la extensión territorial y la movilidad eran fundamentales, fueron obligados a establecerse en un territorio impuesto, reducido, en donde perdieron su identidad orgánica original. Su organización económica y social fue desestructurada y se los

obligó a sobrevivir en esas circunstancias, transformándolos en criadores de ganado menor en las reservas o reducciones indígenas. Los indígenas que sobrevivieron fueron arrinconados en reservas que originaron el sobrepastoreo, la degradación y desertización de los campos, debido a la escasa extensión de las tierras, la baja capacidad de recepción ganadera, el crecimiento de la población y los bajos precios pagados por los productos pecuarios. Los intentos de colonias pastoriles indígenas terminaron en un absoluto fracaso por la falta de apoyo para lograr que funcionaran como establecimientos agrícolas, por el cambio violento del modo de vida ganadero pastoril a uno agrícola sedentario, y por la poca extensión de tierra entregada.

La agrupación amiga de Linares, por ejemplo, asentada en el valle inferior del Río Negro, fue desplazada al Neuquén, donde deambuló hasta quedarse en Aucapán, donde sobrevive actualmente. Otro caso conocido es el de los Catriel, antiguos aliados "pampas" de Buenos Aires, que fueron trasladados a Colonia Conesa en la margen derecha del Río Negro. El último representante legítimo del cacicato de Catriel, Marcelino, nacido hacia 1848, ni siquiera logró que el gobierno le reconociera la mitad de las tierras poseídas por sus antecesores, como establecían las cláusulas de paz. Siendo presidente Roca, le ofreció tierras en el Chubut, pero no tenía agua ni pastos. Los Catriel se convirtieron en "fiscaleros" en 1904, en las cercanías del actual pueblo de Sierras Bayas, y trabajando en las canteras de piedra del cerro Sotuyo.

Las tierras quitadas a los indígenas fueron transferidas por el Estado Nacional Argentino, mediante una extensa legislación, al sector ganadero privado que adquirió, lógicamente, las más fértiles y aptas para la cría, generando una nueva modalidad de producción, es decir un nuevo modelo de utilización de los recursos y del espacio. Estas tierras aptas se convirtieron rápidamente en grandes extensiones en manos de unos pocos, o sea en latifundios, mientras que los espacios semiáridos y esteparios, quedaron como tierras fiscales en manos del Estado. Las dificultades para el acceso a un pedazo de tierra originaron la ocupación ilegal y la ocupación precaria de la misma por quienes carecían de recursos para comprarla. La guerra, el genocidio y la nueva distribución de la tierra dejaron una población escasa, inestable y compuesta en gran medida por pobladores de origen chileno.

Esta forma de apropiación de la tierra condujo a la formación de asentamientos pequeños y dispersos de población. La creación de pueblos tuvo su origen en un concepto de seguridad estratégico-militar; surgieron así las capitales político-administrativas y los límites entre los Territorios, generando nuevas formas de organización espacial. La culminación de este proceso, en términos políticos, fue la promulgación de la ley 1.532 de Territorios Nacionales, en 1884.

UNIDAD II

LA CAMPAÑA AL DESIERTO

¿POR QUÉ LA PATAGONIA NO CONTINUO SIENDO TERRITORIO DE LAS NACIONES INDÍGENAS?

Ya estamos en el año 1874, cuando Nicolás Avellaneda fue elegido presidente de la Argentina y su ministro de Guerra, Adolfo Alsina, le propuso un plan para ir ganándole territorios a los indígenas. Se trataba de avanzar lentamente hacia el río Negro construyendo fortines, fundando pueblos y extendiendo la red telegráfica para que los asentamientos militares y de pobladores estuvieran comunicados entre sí y con Buenos Aires.

En 1878 se hizo cargo del ministerio de Guerra el general Julio Argentino Roca. Este militar no estaba de acuerdo con la propuesta de Adolfo Alsina de avanzar lentamente sobre el territorio indígena y construir fortines sólo para la defensa. El general Roca estaba convencido de que era

30

necesario atacar a todos los indígenas, por lo que había que avanzar resueltamente hasta, por lo menos, todo lo largo del río Negro y hasta la confluencia de los ríos Limay y Neuquén. De esta manera, aseguraba Roca, toda esa región quedaría " limpia" de indígenas.

En ese mismo año, Roca ordenó a todos los jefes de los fortines que tomaran la ofensiva. Esto quería decir que debían realizar ataques sorpresivos a las tolderías ubicadas entre la línea de fortines y el río Negro. De esa manera irían acabando con los indígenas guerreros, les quitarían el ganado y correrían a los restos de las tribus hacia el interior de la Patagonia. Estos ataques les servirían también a los jefes del ejército para ir conociendo el terreno y, entre otras cosas, ubicar las aguadas.

Hubo innumerables ataques que produjeron muchos muertos y muchísimos prisioneros entre los indígenas. Uno de estos prisioneros fue el cacique Pincén. Otros jefes indígenas, como Namuncurá, debieron trasladarse buscando nuevos lugares para instalar a su gente.

El ejército avanzó así sobre el río Colorado mientras desde el sur de

EL TELEGRAFO

Hasta que se inventó un sistema que permitía disponer y dominar la corriente eléctrica, las personas que necesitaban enviarse mensajes sólo podían usar a los mensajeros quienes, a caballo o en barco, los llevaban a destino. En algunos casos en que las distancias no eran muy grandes, empleaban palomas mensajeras.

Alrededor de 1870, algunos científicos aprovecharon la corriente eléctrica que por fin estaba disponible e inventaron un sistema para enviar y recibir mensajes escritos a distancia sin necesidad de que una persona, o una paloma, los llevasen. Este invento se

llamó telégrafo y era un conjunto de aparatos que, instalados en estaciones apropiadas, transmitían y recibían los mensajes que se enviaban por medio de cables.

Otro inventor, Morse, creó un sistema de puntos, rayas y espacios, que equivalían a las letras, para poder enviar los mensajes. Así la letra A se escribía: ●— y la B: —●●● Años después, entre 1895 y 1897, el italiano Guillermo Marconi inventó un telégrafo que no necesitaba de cables para la transmisión de los mensajes, aunque siempre debían escribirse en el sistema Morse.

Este invento se continuó perfeccionando y luego se transformó en la radio.

Mendoza, otras columnas del ejército avanzaban hacia Neuquén, atacando también las tolderías.

Los ataques se hicieron durante varios meses y al finalizar 1878, el ejército había capturado a varios caciques importantes y dado muerte a cientos de indígenas, mientras que otros miles estaban prisioneros. El ejército recuperó también miles de cabezas de ganado, mientras que se elaboraron mapas precisos de todos esos lugares.

El general Roca consideró entonces que ya estaban listos para la segunda parte de su plan: avanzar hasta el río Negro y, después, hasta la confluencia de los ríos Limay y Neuquén. De esta campaña militar participarían, además de los soldados con sus jefes, científicos, ingenieros, fotógrafos y sacerdotes. Estos últimos debían encargarse de que los indígenas dejaran de creer en su propia religión y aceptaran la cristiana.

El ejército del general Roca se dividió en varias columnas. Unas avanzarían hasta la isla de Choele Choel y desde allí hasta la confluencia de los ríos Neuquén y Limay. Otras lo harían hacia el centro de La Pampa y otras más se desplazarían desde Mendoza hacia Neuquén. Un vapor, al mismo tiempo, remontaría el río Negro para servir de apoyo.

Es así como en 1879, miles de soldados avanzaron sobre el territorio indí-

Sobre el caballo, los indígenas alcanzaban a divisar el avance de sus enemigos.

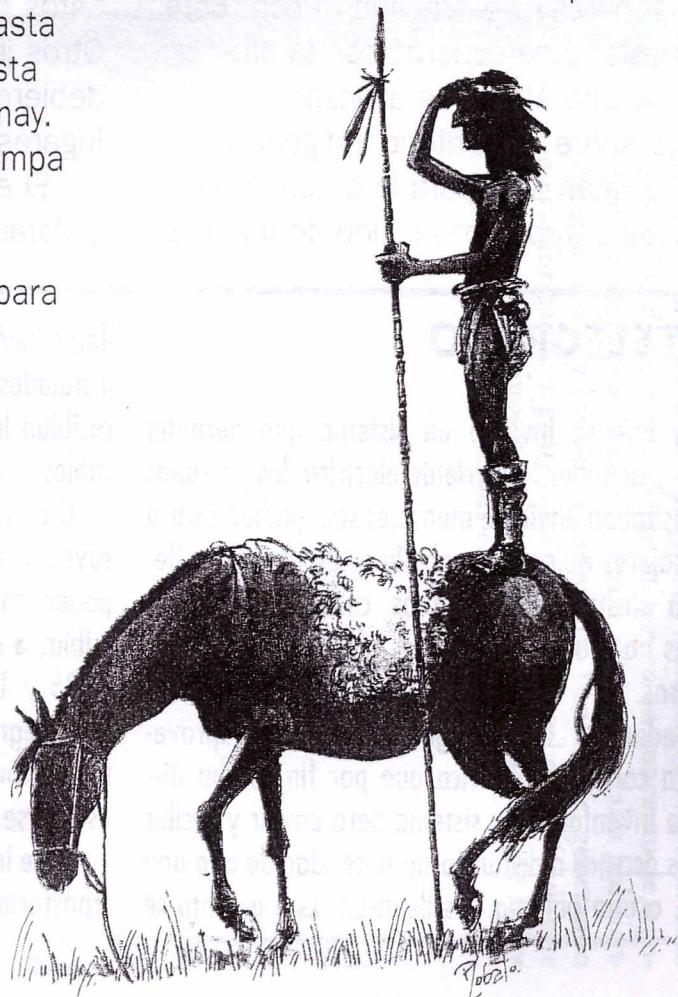
gena.

El general Roca encabezó la columna que se dirigía hacia la isla de Choele Choel. Sus soldados iban equipados con las armas más modernas que existían en ese momento: fusiles Réminington que podían disparar varios tiros sin interrupción y que eran muy superiores a los anteriores, que debían ser recargados tiro a tiro.

También usaron el telégrafo para facilitar las comunicaciones entre las distintas columnas.

Desde Choele Choel, lugar en el que fundaron un poblado que recibió el nombre del presidente Avellaneda, pero que luego pasó a llamarse directamente Choele Choel, continuaron la marcha hacia la confluencia de los ríos.

Este avance, a caballo y en carretas, se hacía en condiciones muy duras, por el frío, la alimentación generalmente escasa y las dificultades para cruzar los ríos. Durante esta marcha fueron haciendo paradas en



lugares en los que luego se asentaría población. Esos lugares se denominaron Chimpay, Chelforó, Chichinales.

En algunos lugares, los militares construyeron fortines con la idea de que sirvieran de base para nuevos pueblos. El general Vintter, por ejemplo, ordenó la construcción del fuerte General Roca, que luego daría lugar al pueblo del mismo nombre. También se instaló otro fortín, el llamado Primera División, en lo que hoy es Cipolletti.

A medida que el ejército avanzaba, algunos grupos indígenas se resistían combatiendo, mientras que otros huían hacia la cordillera abandonando todo. De los que cayeron prisioneros, muchos murieron

como consecuencia de enfermedades como la viruela, que hacía estragos en los campamentos en que mantenían prisioneros a los indígenas. Considerando que su parte estaba concluida, el general Roca regresó a Buenos Aires dejando a otros coroneles y soldados cuidando de la ocupación de estos territorios.

Los resultados de esta campaña militar fueron considerados exitosos por el gobierno, puesto que expulsaron y eliminaron a muchas tribus indígenas, se crearon fortines que no sólo vigilaron la nueva frontera, sino que dieron lugar al surgimiento de pequeñas poblaciones. Y mientras habilitaban caminos, recuperaron cautivos y ganado.

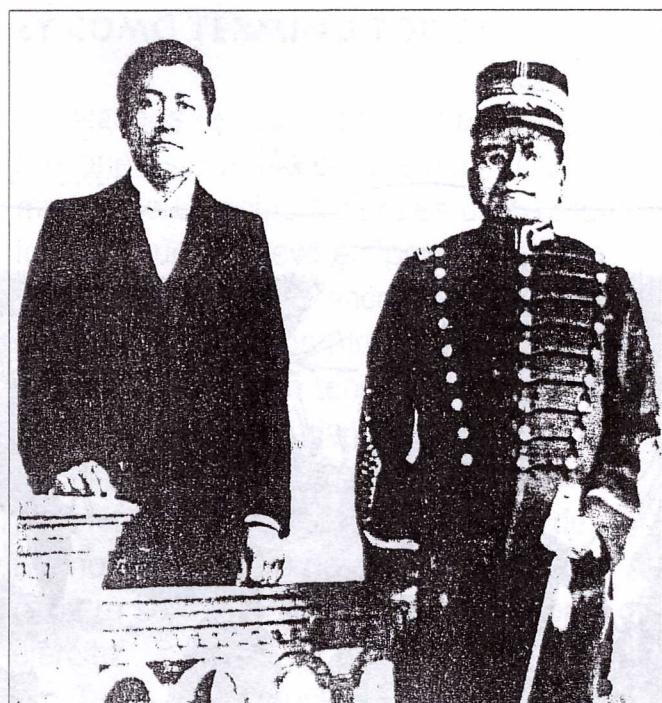
¿TODOS LOS INDÍGENAS MURIERON O SE RINDIERON?

No. Los principales caciques y parte de su gente, no fueron derrotados durante esta expedición y tomaron decisiones diferentes:

Saihueque solicitó a los jefes militares mantenerse en paz y fue nombrado Gobernador del Territorio de las Manzanas.

Namuncurá, en cambio, no se rindió ni firmó ningún acuerdo con el ejército o el gobierno sino que, con su gente, consiguió refugio entre algunas tribus que vivían en el País de las Manzanas.

Poco tiempo después, en 1880, el general Roca fue elegido presidente de los argentinos. Como tal, impulsó leyes y obras muy importantes. Por ejemplo, que todos los niños tuvieran que ir a la escuela, que se construyeran escuelas en todo el país, que se vacunara a todas las personas contra la viruela, que en esa época era una enfermedad muy grave; que se hicieran



El cacique Namuncurá con el uniforme de coronel que el ejército le dio por su rendición.

más líneas de ferrocarril y que, en ciudades como Buenos Aires, se instalaran teléfonos, alumbrado eléctrico y redes de gas.

También, el gobierno del presidente Roca impulsó la venida de personas de otros países, los inmigrantes, para que

trabajaran en tareas agrícolas y en las industrias que recién comenzaban a desarrollarse. Pero, al mismo tiempo, el general Roca no había quedado conforme con la ocupación de la Patagonia sólo hasta el río Negro y hasta la confluencia del Limay con el Neuquén. Para él, era necesario dominar la Patagonia hasta el último rincón. Tampoco estaba muy satisfecho porque no había conseguido la rendición de dos grandes caiques: Namuncurá y Saihueque.

Por otra parte, los indígenas sobrevivientes no podían asentarse en ningún lugar por el temor a nuevos ataques del ejército. Esto les dificultaba enormemente conseguir alimentos y otros elementos para vivir, por lo que una vez más volvieron a arriesgarse a asaltar fortines para conseguir comida y ganado.

(6)

Es por esto que el presidente Roca, primero, y luego el general Lorenzo Vintter, quien había sido nombrado gobernador de la Patagonia, ordenaron una nueva expedición contra los indígenas, sobre todo contra los que habitaban lo que hoy es la provincia del Neuquén, es decir contra todo el territorio de los manzaneros.

Una vez más avanzaron las columnas de soldados. Desde Mendoza, desde la confluencia de los ríos Limay y Neuquén y desde Choele Choel hacia Valcheta, continuando por la Línea Sur de lo que hoy es la provincia de Río Negro, para llegar a encontrarse todos en el lago Nahuel Huapi.

Un barco que remontó el río Negro para servir de apoyo a la expedición, intentó también navegar por el río Limay hasta el lago Nahuel Huapi, pero no lo consiguió.



El mate amenizaba el descanso de los soldados del ejército del general Julio A. Roca.

¿QUE PASO ENTONCES CON LOS INDÍGENAS?

Las órdenes para todas las columnas militares eran las de limpiar de tolderías y de indígenas toda la zona, por lo que hubo combates en los que murieron muchos indígenas y algunos soldados.

Pero tampoco esta expedición logró encontrar a caciques como Saihueque y Namuncurá. Ambos habían declarado que "preferían morir peleando antes que vivir esclavos" y es así como se unieron para atacar el fortín Primera División, ubicado en lo que hoy es Cipolletti.

Saihueque ya había reclamado a los jefes militares que pararan con la masacre de indígenas, pero como no fue escuchado decidió, después de muchísimos años sin hacerlo, empuñar las armas para defender a su gente.

Entre 1882 y 1883 se realizaron más expediciones militares, que se conocieron como la Campaña de los Andes, conducida por el general Conrado E. Villegas.

Los grupos indígenas que aún quedaban conseguían cada vez menos alimentos y, para empeorar su situación, debían mudarse constantemente para no ser encontrados por el ejército.

No tenían un lugar para vivir. Es por todo esto que, en 1884, el cacique Namuncurá decidió rendirse.

Ese mismo año, el general Vintter, gobernador de la Patagonia, ordenó una nueva expedición militar, pero esta vez hacia el Chubut y Santa Cruz, donde fueron acorralando a los últimos tehuelches que, pacíficamente, aún vivían por esa zona. En una oportunidad, atacaron un campamento en el que estaba el cacique Orkeke, aquel que había viajado con Musters, mientras estaba tranquilamente reunido con su tribu y capturaron a todos.

Los prisioneros fueron enviados a

Buenos Aires, donde unas cuantas personas protestaron porque, afirmaban, estos tehuelches eran gente muy pacífica. Fue así como Orkeke recuperó la libertad y fue invitado a muchos paseos por Buenos Aires, al tiempo que los otros tehuelches eran devueltos a la Patagonia. Mientras todo esto sucedía, las tropas se esforzaban por encontrar a Saihueque.

Saihueque fue el último gran cacique en rendirse. Lo hizo en 1885, cuando su pueblo ya no tenía ninguna posibilidad de seguir resistiendo. Con su rendición, el gobierno del presidente Roca dio por terminada la campaña de ocupación de la Patagonia y contra los indígenas que la habitaban.

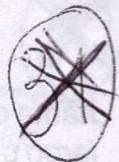
Y COMO TERMINO TODO?

Algunos de los caciques hechos prisioneros terminaron sus días en el museo de Ciencias Naturales de La Plata, lugar al que los llevó el "perito" Moreno para atenderlos tras encontrarlos en prisones de Buenos Aires.

El gran cacique tehuelche Orkeke murió en Buenos Aires, a donde fue llevado luego de su captura. Namuncurá y Saihueque también fueron llevados a la ciudad de Buenos Aires, pero no como prisioneros. Al primero se le otorgó el grado de coronel del ejército.

Tanto Namuncurá como Saihueque se entrevistaron con el presidente de la República y llevados a teatros y a fiestas como una curiosidad para los habitantes de Buenos Aires. Después los devolvieron a los lugares donde se les obligó a vivir.

Pero las historias de las matanzas de indígenas todavía no acabaron en este relato. Como veremos a continuación, las desgracias, para ellos, aún no habían terminado.



UNIDAD II

2. La etapa militar

Más allá de la ocupación del espacio pampeano-patagónico, del fin de los malones y de la definitiva desaparición de las fronteras interiores en el sur de nuestro país, la campaña militar dejó como saldo además de una cantidad de muertos un gran número de prisioneros ya sea como resultado de los combates o por la presentación voluntaria ante los jefes militares de campaña.

En efecto, las diferentes incursiones que se llevaron a cabo contra los aborígenes en el período que va desde agosto de 1878 a mayo de 1879, y que culminaron con la expedición de Roca arrojan que la cantidad de indígenas prisioneros o reducidos voluntariamente se eleva a más de 2.000 y 10.500 no combatientes; es decir, casi trece mil individuos⁶ que, a partir de ese momento, dejaban sus vidas y destinos en manos de las autoridades nacionales.⁷

Un serio problema se le presentó entonces al gobierno argentino: ¿Qué hacer con esa masa de indígenas que, lejos de su hábitat natural y sin medios se hallaba imposibilitadas de lograr su propio sustento y por ende poder sobrevivir a esta nueva situación? Esta era la apremiante pregunta que recitaba una rápida y unívoca respuesta.

En los años que siguieron inmediatamente al despliegue final de las partidas armadas sobre los espacios ocupados por las sociedades indígenas patagónicas, las autoridades militares dieron respuestas temporarias al problema de qué hacer con los indígenas cautivos. En algunos casos, la solución adoptada consistió en la creación de verdaderos campamentos de concentración de indígenas, a los que no sólo fueron destinados los miembros de las parcialidades que habían ofrecido cierta resistencia al avance de las tropas militares, sino también aquellas otras cuyos caciques optaron por no combatir y por presentarse como indígenas argentinos. El caso del campamento de prisioneros montado en Valcheta representa un ejemplo muy claro de esa respuesta militar al problema representado por los indígenas ahora sometidos. Al respecto, el colono galés John Daniel Evans relató que en su paso por Valcheta en 1888 encontró, dentro del cerco alambrado en el que eran ubicados los indígenas, a un cacique al que

⁶ Las cifras exactas son las siguientes: 1.271 indios de lanza prisioneros; 1.313 indios muertos en combate; 10.539 no combatientes prisioneros y 1.049 indios reducidos voluntariamente. Ministerio de Guerra y Marina. *Memoria del Departamento de Guerra y Marina. Año 1879*, tomo I, p. VI.

⁷ Estas primeras cifras no son definitivas ya que hay que sumarles los aborígenes tomados prisioneros o que se redujeron voluntariamente en los años siguientes hasta el final de los enfrentamientos en 1885 y que, si bien no contamos con datos totales, igualmente podemos concluir que aumentan considerablemente esta cifra inicial.

había conocido algunos años atrás: "...al principio no lo reconocí pero al verlo correr a lo largo del alambre gritando '¡Bara, bara!' me detuve cuando lo ubiqué. Era mi amigo de la infancia, mi hermano del desierto, que tanto pan habíamos compartido. Este hecho llenó de angustia y pena mi corazón, me sentía inútil, sentía que no podía hacer nada para aliviar su hambre, su falta de libertad, su exilio, el destierro eterno luego de haber sido el dueño y señor de las extensiones patagónicas y estar reducido en este pequeño predio. [...] Tiempo más tarde regresé por él, con dinero suficiente dispuesto a sacarlo por cualquier precio, y llevarlo a casa, pero no me pudo esperar, murió de pena al poco tiempo de mi paso por Valcheta." (Evans, Clero y Evans, John D., 1994:79)

Sin embargo, pronto se hizo claro que esa política de reclusión de los indígenas sometidos no representaba ninguna solución y que, al contrario, obstaculizaba la integración de aquellos sujetos a la sociedad nacional. De esta forma, durante los últimos años del siglo XIX fueron elaborándose diferentes propuestas ante las nuevas características que cobraba la cuestión indígena luego la conquista militar del espacio sureño. Claro que aquellas propuestas estuvieron lejos de ser unánimes sino que, por el contrario, se plantearon una serie de alternativas. Tanto el Estado como los diversos sectores políticos, la prensa y la propia Iglesia católica coincidían en caracterizar a los aborígenes como seres salvajes y bárbaros, siendo por lo tanto necesaria la transformación de sus hábitos y costumbres mediante la incorporación de los propios de la sociedad blanca, porque esa era la forma de civilizarlos. Sin embargo, la controversia se planteaba en lo que cada uno de estos actores entendía por incorporación, en relación a quién debía llevarla a cabo y cómo tendría que ser llevada a cabo esa tarea.

Por lo tanto, los interrogantes a responder eran principalmente dos: ¿quién debía civilizar a los indígenas y cuáles eran los medios adecuados para cumplir esa finalidad? La respuesta que cada uno dio, refleja el conflicto en torno al predominio del papel civilizador, más que una diferencia de objetivos con respecto a los sujetos que están siendo sometidos o rechazados violentamente de las tierras e impedidos de mantener no sólo sus condiciones de producción económica y social sino también sus tradiciones y cultura (Mases, Enrique, 2000:306).

Así, la Iglesia entiende que a partir de fomentar el trato pacífico y promover su conversión al catolicismo los indígenas, a través de la escuela y el trabajo, podrán integrarse social y económicamente. Para ello el mejor método es la creación de colonias mixtas conformadas por inmigrantes e indígenas, donde estos últimos podrían aprender las técnicas agrícolas de los colonos europeos. Por el contrario los hombres que integran el gobierno nacional conciben a esta incorporación no sólo como un proceso de integración a la sociedad blanca, sino que la misma, dada la lógica del progreso, exigía una rápida transformación del indígena de salvaje a civilizado.

Desechado el sistema de reservaciones, adoptado ante las mismas circunstancias por el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica por lo relativo de su éxito y lo costoso que resultaría al erario Federal, según la opinión del entonces presidente de la Nación Nicolás Avellaneda se concluyó que para cumplir con estos objetivos, el método más idóneo era el de distribución, es decir, el traslado, desmembramiento y distribución de las familias indígenas en diferentes actividades laborales ya que, como apuntaba Julio A. Roca: "Sometidos al trabajo que regenera y a

la vida y ejemplos cotidianos de otras costumbres que modifiquen sensiblemente los propios, despojándoles hasta el lenguaje nativo como instrumento inútil, se obtendría su transformación rápida y perpetua en elemento civilizado y fuerza productiva.”⁸

La aplicación del sistema de distribución significó en la práctica que los aborígenes reducidos fueron trasladados desde los puntos de concentración en la frontera a los diferentes destinos que se les iban determinando, tales como el ejército y la marina para los jóvenes y adultos, las casas de familia para las mujeres y los niños y los ingenios azucareros en Tucumán o los establecimientos rurales del litoral para otros contingentes.

En cuanto a los aborígenes que habitaban lo que luego sería el territorio de Río Negro también muchos de ellos fueron víctimas de este sistema. El puerto de Carmen de Patagones fue uno de los puntos elegidos para el embarque a Buenos Aires de los contingentes indígenas que habían sido tomados prisioneros o se habían presentado voluntariamente a las tropas que operaban en el interior. Según el presbítero Raúl Entraigas “...estos atravesaban las calles del pueblo, cabizbajos y entristecidos, escoltados por soldados con el fusil al hombro.” (Moldes, Beatriz y Peronja, Antonia, 1987:94).

No obstante, todavía hacia mediados de 1885 y una vez finalizadas las campañas militares, se encontraban una gran cantidad de indígenas en el sur del país bajo la tutela de las autoridades nacionales, lo que significaba que lejos de desaparecer, el problema del destino final de los indios sometidos seguía teniendo plena vigencia. Al respecto, el ministro Carlos Pellegrini al tratarse en el Congreso Nacional, el presupuesto del Ministerio de Guerra y Marina para el año 1886 planteaba que “...la conquista del desierto y el sometimiento de los indios han venido a presentar al Congreso un nuevo problema, a consecuencia del sometimiento la Nación tiene a su cargo cerca de ocho mil indios, cuya inmensa mayoría son familias. Y, además, ese sometimiento continúa.”⁹

En lo que hace al territorio rionegrino, según la información que brindaba Pellegrini, los indígenas que dependían del Estado eran cerca 2797 y estaban ubicados en distintos puntos del territorio, muchos de ellos revistando como soldados en cuerpos auxiliares del ejército.

⁸ Carta del general Roca al gobernador de Tucumán del 4 de noviembre de 1878, en Galíndez, Bartolomé (comp.), *Documentos relacionados con las expediciones a Santa Cruz y Río Negro, ordenada una y realizada otra por el Ministro de Guerra y Marina Gral. Julio A. Roca*. Prólogo y recopilación de Bartolomé Galíndez, Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Tte. Gral. Roca, 1940, p. 195.

⁹ Congreso Nacional. Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, Año 1885, p. 514. (En adelante DSCD)